

Esta guerra que se va...

Territorio y violencias; desigualdad y fragmentación social.

Ricardo García Duarte-Editor

Editorial Universidad Distrital FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (IPAZUD)

ISBN 978-958-5434-10-3

Prólogo

Fernando Cubides C., sociólogo.

Profesor Titular Jubilado Universidad Nacional

Este trabajo se suma a una fértil serie de publicaciones recientes, institucionales y no institucionales que, de modo concomitante con el proceso de negociación, firma de acuerdos y búsqueda de mecanismos de refrendación y de aplicación de lo acordado entre el gobierno y la más antigua de las guerrillas colombianas, ha salido a la luz en los últimos meses. Trabajos que procuran asimilar un volumen ingente de información, de pronunciamientos y declaraciones a caballo de los acontecimientos, recapitular la trayectoria de la negociación, su relación con los hechos, en suma sopesar los alcances del

proceso y predecir su rumbo inmediato, sus efectos. Como estimulados por la novedad de los acontecimientos que entraña una negociación a todas luces productiva, la mayor parte de quienes se dedican a la investigación social al publicar sus apreciaciones han asumido así el riesgo de la inmediatez, aplican diversas destrezas y ensayan juicios predictivos sobre las transformaciones institucionales a las que dará lugar dicha negociación. Y deben refinar su criterio para captar lo importante en esa avalancha de literatura, mezcla de las oficinas de propaganda y relaciones públicas y revelaciones sensacionalistas de la prensa rosa. Los historiadores del futuro no se podrán quejar en todo caso por la falta de documentación o de insumos analíticos sobre el actual período: abundan. Y por lo pronto, a juzgar por dicho florecimiento se puede decir que el proceso de negociación, su complejidad, sus flujos y reflujos, sus alternativas, y sus propias vicisitudes deja unos dividendos intelectuales netos.

Para el caso presente, tenemos dos enfoques distintos aunque complementarios. Ambos autores encuentran necesaria una recapitulación de los hechos principales como paso previo a la reinterpretación que proponen. Para un especialista no habría novedades en los hechos de cualquiera de las recapitulaciones, para el lector no especializado resulta didáctico y necesario. García Duarte para sustentar su tesis acerca de la exclusión social y la conexión con la naturaleza de nuestro sistema político, así como los breves momentos en que pudieran haberse aproximado, se remonta hasta el republicanismo de comienzos del siglo pasado. Y en su recapitulación se sirve de los indicadores sociales, de los estudios que, con cierta periodicidad constatan los niveles de desigualdad social, hechos obstinados que ninguna de las políticas denominadas redistributivas han revertido. Las series históricas sobre el comportamiento de la distribución del ingreso, y de manera más reciente, la serie de indicadores sociales construidos con el auspicio de agencias internacionales como el PNUD, desde que se elaboró el primer “Mapa de pobreza” – 1987- son elocuentes al respecto. García construye además sus propios estimativos; no con un propósito determinista de explicar a la guerrilla, o su expansión por los niveles dados desigualdad (planteamiento hartamente superado) sino para ilustrar la dinámica de la guerra, la economía del esfuerzo bélico, el cumplimiento de sus metas estratégicas por parte de los contendientes irregulares, o el propósito de frustrar esa intención, de secar esa fuente, por parte de las fuerzas gubernamentales. En otros términos la lucha por capturar los recursos que exige el esfuerzo bélico, o por frustrar ese propósito, y en fin, un tipo de racionalidad que lleva a admitir por parte y parte que la negociación, al cabo, es una mejor opción. La argumentación que

construye de modo paulatino adquiere vuelo teórico e implica novedades; sin que lo mencione de modo explícito, además de los autores que referencia en la bibliografía, se advierten los ecos del debate abierto por Thomas Piketty con su libro El Capital del siglo XXI a propósito de la desigualdad creciente y la exclusión social. Teniendo un punto de partida distinto, las conclusiones a las que arriba este análisis son del todo coincidentes con lo que de manera reciente, precisamente como uno de los textos preparados para la negociación de La Habana, ha formulado Daniel Pécaut: la existencia, y la persistencia de la guerrilla ha ocultado los niveles crecientes de desigualdad por la vía de atenuar y posponer la conflictividad social: una pluralidad de trabajos, de recapitulación, análisis y reinterpretación, como el que aquí se presenta, así lo pueden constatar.

Por su parte, Teófilo Vásquez, sociólogo y geógrafo, reconstruye el proceso, recapitula sus lineamientos principales representándose la desigualdad que se plasma en los desequilibrios regionales, procediendo de modo inductivo al rastrear el tipo de territorios en los que las Farc ha tenido presencia, su expansión y la lógica de la implantación que pudo adquirir en ellos, el grado de control que hubiera logrado, y su variación en el tiempo. Tenerlo presente, y claro en la conciencia colectiva es a su juicio es el fundamento de la que ha dado en llamarse paz territorial, entendida de modo llano (o traducida a un lenguaje más prosaico) como un tratamiento preferente a las regiones y territorios en cuestión, el modo institucional de corregir los desequilibrios regionales patentes a lo largo de nuestra historia. García Duarte a su vez no escatima calificativos para designar la nuestra una de las desigualdades sociales más grandes del planeta, y una de sus manifestaciones evidentes, una “*sociedad periférica, inestable frágil y fragmentada*”. Al emplear en su texto varios recursos y referentes literarios a lo largo de su exposición, y queriendo aglutinar en fin todos los componentes del problema por momentos evoca al poeta en su busca de “*una fórmula definitiva y paradójica*”. En tanto que Teófilo Vásquez las emprende contra el trajinado lugar común de la “*ausencia del Estado*” y con nuevas herramientas lo que constata son las nuevas asimetrías que la propia prolongación del conflicto armado tendía a perpetuar, en sus palabras: “*Lo que fue seguridad para las regiones más integradas del país fue absoluta inseguridad para las zonas menos integradas*”

En el análisis de Vásquez, se nos presenta como una novedad absoluta un modo de mirar la compleja relación entre lo local, lo regional y lo nacional: las escalas, o el análisis escalar, plasmado en mapas y gráficos. Valioso esfuerzo

para captar los matices, el diverso grado de presencia y de control por parte de la guerrilla en las regiones en las que ha actuado, la aptitud que ha mostrado para adaptarse, y desarrollar tácticas específicas según las diversas características regionales, una clave de la expansión que logró de modo sostenido en las década del 80 y del 90 y llegó en su grado máximo hacia fines de los 90. Lo cual viene siendo un antídoto para las generalizaciones apresuradas, o las versiones simplificadas en exceso y las banalidades enfáticas propias de buena parte de las presentaciones periodísticas del problema. Habría que decir sin embargo que, aunque sin la misma precisión empírica, ese tipo de análisis matizado, atento a las singularidades locales como a las diferencias regionales se había iniciado y cuenta con varios precedentes desde que se difundieron los análisis minuciosos de las alternativas de la guerra irregular en países afines como El Salvador y se diera a conocer, y se aplicara para nuestro caso el trabajo pionero de Robert T Naylor: *“The insurgent economy: Black market operations of guerilla organizations”* (1993) y la perspicacia con la que pondera las diversas zonas: zonas de contención (a las que corresponde una actividad calificada como predatoria) zonas de expansión (en las cuales es una actividad parasitaria la que predomina) y zonas de control (de las que podría predicarse que se produce una simbiosis, una fluida y funcional relación de la guerrilla con la actividad que predomina) Los ejemplos que ilustran la fertilidad de un enfoque con tal sentido del matiz y así de sensible a las singularidades locales, a las diferencias regionales, y a los diferentes modos de relacionarse con las instancias nacionales son varios y consultables. Vásquez conoce su oficio como que en el seguimiento y registro puntual de las movilizaciones sociales y las expresiones del inconformismo regional (que por lo general no suelen ser registrados o no en forma debida por los medios de comunicación convencionales de nivel nacional) adquirió su experticia en uno de los Centros de Investigación de mayor trayectoria en ese registro y análisis: el CINEP. La cartografía que elabora, y que complementa su análisis es ilustrativa y didáctica. En particular, es persuasiva su conclusión acerca de los corredores estratégicos, y cómo en ellos confluyen varias corrientes de ilegalidad, de modo protuberante la del narcotráfico. Su propósito de sintetizar todos los eslabones de la cadena, como sus variaciones en el tiempo, redundante en una afirmación audaz, aglutinante: visto en esa perspectiva, el narcotráfico es una etapa más de la economía agroexportadora. El debate está servido. Como seducido por la postura que llamara Weber “pequeño profeta asalariado por el Estado” la de un investigador que quiere tener injerencia directa en los acontecimientos inmediatos, Teófilo se esmera y es pródigo en

recomendaciones: a los grupos armados, al Estado, y en fin a “la sociedad civil”.

En todo caso, como comprobarán quienes lean, los autores del texto que presentamos tienen antídotos suficientes contra ese conformismo que los lleve a aceptar sin parpadeo alguno toda versión oficial.

En sus respectivas recapitulaciones de la génesis histórica de la actual negociación, ambos autores rastrean la relación entre la guerrilla de las Farc y las organizaciones afines, partidos coaliciones que han actuado en la legalidad, en forma principal, claro el Partido Comunista; siguiendo las alternativas de esa relación desde sus orígenes hasta lo más actual. Lo que en el lenguaje político significa indagar en qué momento afloró la tesis de la “*combinación de todas las formas de lucha*” sus alternativas, sus vicisitudes; y cómo en fin la guerrilla terminó fagocitando al partido. (Y acerca de lo cual, no todo está dicho) Óptimo habría sido, a mi juicio, el que hubiesen sacado del testimonio de un testigo de primera fila de ese intenso y rico debate que se llevó a cabo a lo largo de varias décadas en la propia cúpula del Partido Comunista, su Comité Central: me refiero al libro-reportaje de Álvaro Delgado Todo tiempo pasado fue peor, -La Carreta Editores, Bogotá 2007-. Testimonio invaluable, de un leal y muy honesto miembro de dicho Comité Central, pero libro caído en desgracia para la izquierda bienpensante pues recibió un elogio temprano del intelectual uribista José Obdulio Gaviria, auténtico abrazo del oso. Lo indispensable es rescatarlo, y sacar pleno provecho de la información que allí se aporta en procura de una reconstrucción histórica integral de ese aspecto del problema. Que desde luego amerita una relectura, con beneficio de inventario de los primeros libros, de los tiempos de Marquetalia, de Jacobo Arenas y de Manuel Marulanda, leídos en clave de presente. Así como los historiadores de oficio que han abordado el período de Marquetalia tienen todavía una tarea pendiente: examinar los archivos desclasificados de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos, y examinar con la minuciosidad debida las comunicaciones a sus embajadores durante ése período. (Con el debido crédito a César Ayala quien descubrió esa veta)

Se lo propongan o no, ambos autores avalan, sin pliegues ni reticencias, la política de paz del actual gobierno, su estrategia negociadora, los compromisos que suscribió en las sucesivas versiones del “Acuerdo Final”. Eso se percibe incluso en el tiempo verbal que emplean para designar a la guerrilla como organización militar: pretérito perfecto. Con un grado de optimismo que parece necesario para conjurar las incertidumbres de la

coyuntura post-plebiscito. (Para ponernos, dechado de sutileza, en la onda que puso en boga los prefijos: **pre**-acuerdo, **pre**-concentración, **post**-conflicto)

Y una novedad absoluta, esa sí, de la que se hacen eco los dos autores, la sustentan a su vez, y aportan argumentos a su favor es la del CIERRE DE LA FRONTERA AGRÍCOLA como un imperativo, una total necesidad de cara al futuro. Quienes llevamos muchos años trajinando la literatura sobre la cuestión agraria en Colombia a fuerza de leerla y de oírla (tengo presentes en particular varias publicaciones de Darío Fajardo) nos hallábamos del todo familiarizados con la expresión APERTURA DE LA FRONTERA AGRÍCOLA vista como algo positivo y necesario, en fin de cuentas como si se tratara de un horizonte ilimitado. Tal optimismo sobre los recursos naturales, su carácter ilimitado, ya no es posible suscribirlo, y pruebas al canto son entonces las sucesivas versiones del “*Acuerdo Final para una paz estable y duradera*”, por ejemplo:

“Que a la transformación estructural del campo, y en particular al CIERRE DE LA FRONTERA AGRÍCOLA, contribuyen los campesinos y campesinas y las comunidades indígenas, negras, afrodescendientes, raizales y palenqueras, y demás comunidades étnicas en sus territorios, con un ordenamiento socioambiental. Para ello es necesario el reconocimiento y apoyo a las Zonas de Reserva Campesina (ZRC) y demás formas de asociatividad solidaria” (Como se puede leer en el párrafo 11 del 1er. Punto, en la primera versión del “Acuerdo Final...”).

Y más adelante, en el apartado numerado como 1.1.10, más taxativo aún, se acuerda:

“1.1.10. Cierre de la frontera agrícola y protección de zonas de reserva: con el propósito de delimitar la frontera agrícola, proteger las áreas de especial interés ambiental y generar para la población que colinda con ellas o las ocupan, alternativas equilibradas entre medio ambiente y bienestar y buen vivir....” Y procede enseguida a enumerar las condiciones y compromisos para que eso sea posible.

Todo ello apunta claro al primer punto del Acuerdo, tal vez el de mayor sustancia, la Reforma Rural Integral, pues viene siendo la tácita admisión de que los procesos colonizadores que han afectado

ecosistemas frágiles como los de la selva amazónica, no son viables a mediano plazo, y han sido una válvula de escape que postergó el debate sobre el uso adecuado del recurso tierra en otras regiones. Tierra óptima para la agricultura, por ahora praderizada, dedicada a la ganadería extensiva. Y en ese contexto, propender por el cierre de la frontera agrícola es realista, significa rendirse a la evidencia sobre el estado de los ecosistemas y la diversa calidad de los suelos.

Y es del todo lícita y bien fundada la aspiración de los autores a que el presente libro enriquezca el debate público sobre una cuestión cardinal tanto por su contenido, como por la audacia y el modo directo en que se hace la argumentación.